

À las once de la noche, bajo una lluvia pertinaz y en plenas tinieblas, llegamos á la ciudad eterna.

El desembarcadero del tren, estaba sin embargo profusamente iluminado y cubierto de adornos, y una multitud inmensa se agolpaba para ver bajar del tren á la Emperatriz de México.

La Soberana fué recibida por una comisión de cardenales, que para el efecto había enviado el Santo Padre, por los ministros extranjeros residentes en Roma, y por muchas familias de las más distinguidas de la nobleza romana.

La Guardia noble y la gendarmería pontifical formaban valla y una escolta de coraceros acompañó al séquito imperial hasta las habitaciones que se le tenían preparadas en el suntuoso edificio denominado *Albergo di Roma* y que se encuentra ubicado en el Corso, frente á la iglesia de San Carlos.

CAPÍTULO III

El Albergo de Roma. — Primeros días en la ciudad eterna. — Visita del cardenal Antonelli. — Honores tributados á la Emperatriz. — Su visita á Pío IX. — Su Santidad corresponde la visita. — Se declara la locura.

Se destinó todo el primer piso del Albergo de Roma para la Emperatriz y para su séquito; el salón del centro con balcones que daban al Corso y con dos cámaras á uno y á otro lado, fué ocupado por Su Majestad y un cuarto contiguo á la derecha para la camarista Matilde Doblinger,

En las habitaciones del ala izquierda, se instalaron: el ministro Castillo, el conde del Valle y los esposos del Barrio y en las del ala derecha, los esposos Kuhachevich, el doctor Bouslaveck y yo. El gran comedor para toda la comitiva, se encontraba situado en el fondo del patio y la servidumbre ocupaba todo el piso bajo.

Para hacer guardia á la Soberana se turnaban los co-

raceros del Papa, y las tropas francesas de la guarnición que se encontraban aún en Roma.

Tanto á la hora de relevarse las guardias como durante las comidas, las músicas militares alegraban la soledad silenciosa del hotel.

Casi todo el día veíase el Corso lleno de curiosos que deseaban conocer personalmente á la Emperatriz de México, y durante la estancia de Su Majestad en Roma, fué aquel punto el lugar más concurrido y visitado de toda la capital del orbe católico.

Lo que más llamaba la atención á los burgueses romanos, era los trajes de charros que llevaban todos los criados de la Emperatriz.

Después del almuerzo, Su Majestad paseaba en carruaje con la Sra del Barrio, visitando los muchos y muy hermosos templos de Roma y por la tarde después de la comida, se dirigía al famoso paseo del monte Pincio, hermoso parque situado en lo alto de la colina de ese nombre. Era este paseo en aquel tiempo, el más bello y concurrido de Roma. Los carruajes haciendo numerosos zigzags, subían por dos ramblas hasta lo más alto de la colina, llamando la atención especialmente al bajar, la destreza de los cocheros para dirigir sus vehículos sin atropellarse mutuamente en aquella pendiente y en aquel maremagnum de carruajes.

Desde lo alto del monte Pincio, se domina con toda esplendidez el panorama más bello que imaginarse pueda, de la histórica ciudad de las siete colinas; desde allí se sigue hasta perderse de vista todo un mundo de

cúpulas de templos y de palacios, sobresaliendo entre todas la de la catedral de San Pedro; un poco más acá el mausoleo de Adriano, actualmente Castillo de San Angelo; al lado opuesto las ruinas del anfiteatro de Flavio, las columnas mutiladas del Foro romano y los oscuros arcos de Tito y Diocleciano. Y si el viajero contempla este magnífico espectáculo al caer la tarde todo un mundo de recuerdos, de tradiciones y de figuras históricas parece surgir ante los ojos maravillados del pensador y del turista.

También la vida social tenía su centro de reunión en aquel paseo en la época á que me refiero, pues sin duda alguna, que no había dama romana que no asistiese todas las tardes en carruaje abierto, lujosamente ataviada, á refrescarse entre las avenidas frondosas del monte Pincio.

Por entre los carruajes que llevan á las altas y nobles damas, circulan á pie las bellas hijas del pueblo romano, llamando la atención por su particular belleza las mujeres transtiberinas de profundas miradas y de negras y sedosas cabelleras.

Deseoso de conocer todos los paseos de Roma, no tardé en procurarme un caballo y en él, con montura inglesa acudía todas las tardes al paseo citado.

Una tarde que me crucé con el carruaje que conducía á Su Majestad y á la Sra del Barrio, saludé respetuosamente, y observé que la Emperatriz se sonreía y hablaba á su acompañante.

Impaciente por saber lo que la Soberana hubiera di-

cho de mí, tan luego como regresé al hotel y pude hablar con la dama de honor, la pregunté qué le había hablado respecto á mi persona, y la Sra del Barrio, sonriendo me manifestó que la Emperatriz le expresó textualmente, estas palabras.

« Estos Mexicanos no pueden prescindir del caballo, vea Ud á Blasio qué pronto se procuró uno en Roma para lucirlo en el paseo. Dichosa juventud que con todo goza. »

En las horas de mayor calor, Su Majestad permanecía en el hotel; de las once de la mañana á las tres de la tarde recibía visitas. Así fué que al día siguiente de nuestra llegada á Roma, recibió al cardenal Antonelli, quien iba en nombre del Papa á darle la bienvenida.

Como yo tenía positiva curiosidad por conocer al famoso cardenal, estuve muy atento á la hora de su llegada para contemplarlo bien á mi sabor.

Un lujosísimo carruaje conducía al cardenal, y cuando éste descendió, uno de los lacayos vestido de gran librea, calzón corto, tricornio y peluca empolvada se inclinó ante el paso de Su Eminencia.

Entonces pude verlo á mis anchas. Era alto, de simpático aspecto, de mirada viva y penetrante, y su voz tenía un timbre sonoro é insinuante. Vestía traje talar de púrpura con manto del mismo color.

Al verle, toda la gente que estaba estacionada frente al hotel se arrodilló y el cardenal con pasos majestuosos pasó entre la muchedumbre distribuyendo bendiciones.

Su entrevista con la Emperatriz duró cerca de una hora, y nadie supo nunca lo que se trató en ella, pues no hubo testigo alguno, y tanto Antonelli como Carlota guardaron siempre el secreto de aquella hora pasada entre los dos, hablando sin duda de la aflictiva situación del Imperio mexicano.

En los días siguientes visitaron á la Soberana, casi todos los ministros extranjeros residentes en Roma, visitas que motivaba la continua presencia de los desocupados romanos, que se detenían gran parte del día frente al hotel, tanto para escuchar la música militar, como para contemplar á los diplomáticos de gran uniforme que iban á presentar sus respetos á la Emperatriz de México.

No teniendo nada en qué ocuparme respecto al servicio de Su Majestad, solicité de ella, me concediera permiso para no asistir á las comidas y poder así visitar los lugares más famosos de la ciudad eterna, y la Emperatriz, con su benevolencia acostumbrada me lo concedió, manifestándome que cuando necesitara de mí me lo haría saber la víspera para que de esa manera me encontrara yo en el hotel el día que me necesitara.

Aprovechando este permiso, visité Tivoli, Frascati, la villa Adriana, Albano y todos los puntos tan hermosos y tan llenos de recuerdos de la capital italiana y sus cercanías. Todo un volumen necesitaría escribir si tratara aquí de recordar tantas y tantas bellezas como entonces contemplaron mis ojos.

Una mañana se nos anunció oficialmente que el día veintisiete de septiembre á las once Su Santidad Pío IX, recibiría á la princesa Carlota y á las personas de su comitiva.

El cortejo se componía de varios elegantes carruajes y de una escolta de la guardia noble, que á caballo seguía al primero de ellos ocupado por la Soberana y la Sra. del Barrio.

Este carruaje que conducía á la Emperatriz, lo mismo que los demás pertenecían á la casa pontificia y el de Carlota iba tirado por cuatro caballos, llevados por lacayos que lucían la librea de gala pontifical.

Después de atravesar entre una multitud de curiosos la plaza de San Pedro que sin duda no tiene igual en el mundo, la comitiva se detuvo en la puerta del Vaticano.

Todos bajamos de los carruajes y precedidos por la Soberana á quien acompañaba el gran chambelán conde del Valle, llegamos al lugar donde el alto clero nos esperaba.

Algunos dignatarios del Palacio vestían traje de terciopelo negro, consistente en calzón corto, jubón, y capa corta, y gorguera de encaje á la usanza de la época de Felipe II.

La guardia suiza, con sus uniformes vistosísimos, según el modelo dibujado por Miguel Ángel, formaba la valla desde la majestuosa escalera hasta la sala del trono.

Este uniforme consiste en pantalón muy ancho, que llega hasta la rodilla, casaca de paño, pantalón y casaca

con listas de colores muy chillantes, medias listadas de iguales colores y zapatos bajos, la cabeza cubierta con cascos de plata que rematan plumeros blancos y en la diestra relucientes alabardas.

Subimos á las galerías por la famosa escalera llamada Escala Regia, que directamente conduce al gran salón que sirve de vestíbulo á las capillas Sixtina y Paulina. Tiene esta escalera dos rampas, la primera flanqueada de columnas jónicas y la segunda decorada con pilastras.

Columnas y pilastras sostienen una bóveda majestuosísima decorada con tableros de mosaico y con rosetones de estuco.

Con respetuoso y admirativo silencio atravesamos varias galerías que guardan los más valiosos tesoros del arte cristiano, hasta llegar á la sala del trono, magnífica en verdad, con sus muros incrustados de riquísimos mármoles y decorados con frescos maravillosos que representan los hechos más gloriosos de la vida de los Papas.

En el fondo del salón, se levantaba un gran trono de terciopelo rojo, rematado por el escudo de armas de los Estados pontificios y sentado en un sillón rojo y oro se encontraba el Sumo Pontífice de la Iglesia católica.

Vestía Pío IX, sotana de nívea y finísima lana y una amplia capa de la misma tela y del mismo color cubría sus augustas espaldas. Á ambos lados del trono se veían dos soldados de la guardia ya citada y en derredor de él, un grupo numeroso de cardenales, obispos y otros elevados dignatarios eclesiásticos.

Al acercarse la Emperatriz al trono pontificio, Pío IX se puso en pie y Carlota se arrodilló para besarle la sandalia; pero el Papa, cariñosamente lo impidió, tendiéndole la mano derecha y permitiéndole sólo posar sus labios en el anillo del pastor.

Enseguida la invitó á sentarse en un sillón que se había colocado á su derecha y todas las personas del séquito de Su Majestad desfilamos ante el Pontífice, arrojándonos para besar la sandalia papal. Terminado el desfile, el Santo Padre nos dió la bendición y todos salimos del salón dejando enteramente solos á Pío IX y á Carlota.

Nunca á pesar de los años que de entonces acá han trascurrido ha podido borrarse de mi imaginación el recuerdo de aquel majestuoso anciano que por tanto tiempo gobernó la Iglesia.

Contaba entonces setenta y cuatro años, era de elevada estatura, algo grueso, de afable fisonomía, de muy vivas miradas y de voz armoniosísima y dulce.

Los empleados del Vaticano, nos manifestaron que mientras duraba la entrevista entre el Papa y nuestra Soberana, podíamos visitar las ricas galerías y algunas salas del Palacio de los pontífices romanos, y aprovechando tan bondadoso ofrecimiento recorrimos esos lugares que son la admiración de artistas y viajeros; y así vimos la capilla Sixtina, la capilla Paulina, el patio de San Dámaso y las logias de Rafael. Enseguida, comenzábamos á admirar los vastísimos jardines de la suntuosa

residencia pontificia, cuando se nos vino á avisar que la entrevista había terminado y que Su Majestad nos esperaba para partir.

La Emperatriz acompañada de los cardenales y de los preladados bajó por la escalera regia, hasta llegar á donde se encontraban los carruajes; todos sus acompañantes la seguíamos mudos é inquietos por saber cuál había sido el resultado de la entrevista.

Nuevamente, entre una multitud de curiosos, recorrimos el trayecto que separaba el Vaticano del Albergo de Roma, y al llegar á éste, preocupados todos, acompañamos á la Emperatriz hasta el salón del hotel, donde ansiosos esperábamos nos dijera algo que calmara nuestra ansiedad.

Pero sombría y taciturna, nos saludó inclinando la cabeza y nos dijo secamente:

— Pueden ustedes retirarse.

Enseguida dió orden de que se le sirviera la comida á ella sola en sus habitaciones y se encerró en ellas sin permitir que nadie le hablase.

Como es de suponerse la mayor consternación reinó desde ese día entre todos los que componíamos el séquito imperial.

El mismo día de la entrevista con Pío IX, por la tarde mandó la Emperatriz llamar al conde del Valle, y le manifestó que arreglara con las autoridades militares, lo más pronto posible, que se retiraran las guardias y las músicas, pues no quería oír música ninguna ni que se le hicieran honores de ningún género.

Ese mismo día también tuvo una entrevista con el ministro Velázquez de León y le habló detenidamente del resultado de la entrevista con el Papa. Dos días después, es decir, el veintinueve de septiembre, el Pontífice pagó su visita á la soberana. Pío IX llegó acompañado de su gran séquito de prelados y escoltado por su guardia y Carlota lo recibió en el salón del hotel, donde habló largo rato con él. Terminada esta nueva entrevista fuimos llamados todos para recibir la bendición de manos del Padre de la Iglesia.

Siguió Su Majestad encerrada en sus habitaciones sin querer hablar con nadie y el treinta de septiembre mandó poner un carruaje y llamó á la Sra. del Barrio para que la acompañase. Eran las seis de la tarde, así es que extrañó mucho que mandase que la condujeran al Vaticano.

Iba vestida de riguroso luto; sobre su traje llevaba un paletot de terciopelo negro y la cabeza cubierta con un ligero tocado, que estaba atado bajo la barba con cintas de seda, negras también.

Al bajar la escalera, pudimos ver lo demacrado de sus facciones, sus ojos hundidos y el color encendido de sus mejillas, síntomas todos de la intensa fiebre que la consumía desde los últimos días.

Tan luego como el carruaje llegó á las puertas del Palacio Pontifical, ordenó al cochero que regresase al hotel y que no volviese por ella, subió las escaleras y pidió ver al Papa.

Tan luego como fué recibida por el Pontífice, le mani-

festó que iba á pedirle hospitalidad, pues sólo en el Vaticano se consideraba segura, porque hasta allí no podrían llegar los asesinos enviados por Napoleón para matarla, como tampoco los ministros infieles ni la servidumbre cohechada por el monarca francés con el mismo objeto.

Arrodillada ante los pies de Pío IX y sollozando, casi á gritos, le imploraba diciéndole que no se levantaría hasta no obtener el asilo que solicitaba.

El Papa al verse en aquel conflicto trataba de calmarla con palabras bondadosas y dulces, diciéndole que estaba equivocada, que no había tales asesinos, que todos los mexicanos que la acompañábamos le éramos muy adictos y muy fieles, pero nada bastaba á calmar la terrible excitación nerviosa de la soberana y repitió que nadie la sacaría de allí y que si no se le concedía un albergue, pasaría la noche en los corredores.

Aumentándose más el conflicto y viendo que la noche avanzaba, el Papa consultó con algunos de sus familiares, qué decisión debería tomarse, y mandó llamar á los Sres Del Valle, Castillo y del Barrio, quienes acudieron presurosos al llamado de Su Santidad.

Se les manifestó la situación por conducto del secretario del Pontífice y se mandó llamar inmediatamente al médico de cámara de Su Majestad. Este declaró que la Emperatriz sufría en esos momentos un terrible ataque de enajenación mental, que probablemente daría al traste para siempre con su cerebro é indicó que lo único conveniente para calmarla un poco, era que se le

permitiese quedarse en el Palacio, puesto que así lo deseaba y no viese á ninguna de las personas de quienes desconfiaba.

Atendiendo, pues, á las indicaciones del facultativo, se preparó una habitación, donde la Emperatriz pasó la noche con la Sra del Barrio y con su camarista vienesa Matilde Doblinger y se decidió que desde luego, se reunieran en consejo todas las personas de su séquito para deliberar lo que más conveniente fuera.

El Secretario del Papa manifestó á los que nos encontrábamos ansiosos esperando qué determinación tomaba Su Santidad, que éste se encontraba muy consternado y que atendiendo á lo indicado por el médico, había accedido á que Carlota pasara la noche en el Vaticano.

Los chambelanes y el ministro mexicano regresaron al hotel ya muy entrada la noche, profundamente emocionados como podrá comprenderse y sin querer dar crédito á lo que se les había referido.

¡Al día siguiente por todo Roma circulaba ya el rumor de que la infortunada Emperatriz de México había perdido la razón!

CAPÍTULO IV

Regreso de la Emperatriz al Albergo de Roma. — Su vida en el hotel. — Se decide avisar al Emperador. — Viaje del Dr. Bouslaveck á México. — Aviso al rey de los Belgas. — Decretos de destitución de ministros dictados por la Emperatriz. — Llega á Roma el conde de Flandes. — Salida de la Emperatriz Carlota acompañada de su hermano. — Se disuelve el séquito imperial. — Mi regreso á México.

Como es muy fácil de comprender, la mayor consternación reinaba en el séquito de la Emperatriz, y desde luego se pensó en tomar alguna determinación práctica.

Reuniéronse al efecto en una de las salas del hotel, los Sres. Don Martin Castillo, el conde del Valle, el marqués del Barrio, el ministro Velázquez de León, Don Felipe Degollado y el obispo Ramírez, y por lo pronto decidieron esperar al día siguiente para ver qué cosa era lo más conveniente hacer.

Al siguiente día, primero de Octubre, un enviado de Pío IX vino á manifestar á los afligidos súbditos de